

LOHENGRIN, DE RICHARD WAGNER, EN EL TEATRO REAL DE MADRID

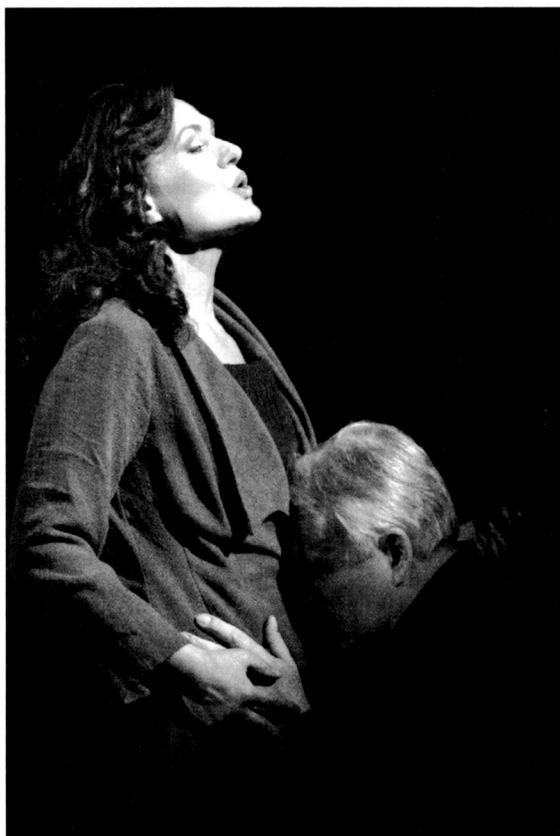
Magda Ruggeri Marchetti

Director musical: Jesús López Cobos. Director de escena e iluminador original: Götz Friedrich. Realizadora de la dirección de escena: Gerlinde Pelkowski. Escenógrafo y figurinista: Peter Sykora. Intérpretes: Kwangchul Youn, Peter Seiffert, Petra María Schnitzer, Hans-Joachim Ketelsen, Waltraud Meier.

Lohengrin viene a coronar el primer período de la producción wagneriana, que con *Der fliegende Holländer* y *Tannhäuser* empieza a marcar su estilo propio e innovador de la tradición operística, fijando ya sus características principales: la base legendaria anclada en la tradición germánica y el protagonismo de una orquestación llevada a la plenitud de su riqueza y potencia. Terminado en 1848, se estrena en Weimar en 1850 bajo la dirección de Franz Liszt, sobre libreto del mismo Wagner, y marca una madurez evolutiva que la convierte en la prueba general de la tetralogía que abordaría a continuación.

El tema deriva de leyendas medievales anglosajonas y germánicas, y creemos ver una referencia a la tabla redonda ya en el telón con que nos recibe esta representación del Teatro Real, versión de Götz Friedrich de 1990 para la Deutsche Opera de Berlín. Un gran círculo ocupa la parte centro-inferior orlado de un corto ramaje negro del que emanan rayos gris-azulados entrecortados. Unas nebulosidades galácticas ocupan el interior del disco y el conjunto tiene un aire sobrenatural y brumoso de penumbra nórdica. La primera escena irrumpe con fuerza e imprime su estructura básica al resto de la realización: portales estilizados y pilares a la izquierda están rematados por aleros trapezoidales irregulares. A la derecha unos soportales más convencionales y amplios son la base de unos salientes mayores. Ambos laterales huyen en perspectiva hacia el fondo del escenario, creando una geometría cubista de volúmenes acabados en materiales lignarios y ocre. Su vigor y sobriedad continúan en un suelo estructurado con los mismos materiales a modo de grandes losas que vierten levemente hacia el centro y el público.

El anónimo salvador de Elsa aparece desde el fondo recortado contra un disco en que se proyectan ramilletes de líneas y siluetas móviles en sugerente juego dinámico que bien sustituye al cisne, explícito sólo en los comentarios admirados de los personajes. El rutilante caballero avanza lentamente entre la tropa del rey Heinrich con grises capotes con esclavina y las gentes del ducado de Brabante con vestimenta sobria donde domina el negro, el mismo tono que lucen Telramund y Ortrud. Las lanzas, amenazadoramente inclinadas hacia adelante o verticales, forman un geométrico bosque que ya hemos admirado en la tropa de los Gibich del *Götterdämmerung*. Notable también la escena de la boda de Elsa con el misterioso caballero en una gran



Fotografía: Javier del Real ©

T TEATRO REAL

*Petra María Schnitzer a Lohengrin, de Richard Wagner.
Teatro Real de Madrid.
(Javier del Real)*

capilla de espejos a la derecha y gran cruz central paralelepípedica del mismo material. En conjunto un aparato escénico que, a pesar de sus años, mantiene su encanto.

Más espectacular es todavía el reparto vocal. Peter Seiffert, Lohengrin, interpreta de manera muy convincente su papel de salvador; tanto en el lado político como en el humano, con el justo tono *naïf* e infantil, en particular en la escena de la noche nupcial. Su timbre es generoso e intenso por su gran capacidad vocal. Petra María Schnitzer dibuja una Elsa al principio pasiva, pero que va tomando conciencia a lo largo de la representación olvidando los condicionamientos de su origen y encontrando al final su verdadera personalidad. Su voz gana en las partes más dramáticas, especialmente logradas, donde se nota su fuerza y seguridad, que crece durante

toda la función. La mezzosoprano Waltraud Meier hizo un trabajo excepcional, por potencia vocal y gran temperamento, encarnando la complejidad de Ortrud en su deseo de poder, poniendo el máximo dramatismo y vehemencia en cada frase, en cada postura. Por la musicalidad y la intensidad de su canto entusiasmó al público. Retrata a una mujer política, totalmente racional a quien no interesa el amor y por eso es seductora y peligrosa. Hay en su actuación dos momentos particularmente dramáticos: su invocación a Wotan y el cerco de seducción a su marido para obtener sus fines. La disputa matrimonial es musicalmente la más interesante y una creación pionerística de Wagner. El dúo es verdaderamente magnífico.

Como es habitual en este compositor nos encontramos ante dualidades: por un lado la magia blanca de Lohengrin, subrayada por el vestuario, y por otro las potencias oscuras, las intrigas de Ortrud, siempre de negro. En medio, como árbitro, el Rey representa la ley y la justicia, pero sobre todo prefigura la potencialidad de la unión de los pueblos germánicos bajo una misma guía y la superación de sus diferencias dentro de un gran estado. Lo interpreta Kwangchul Youn, un bajo digno de mención que canta con sobriedad y elegancia. Para el grandioso coro de ciento cinco voces se han tenido que unir el de la Comunidad y el titular del Real dirigidos por el maestro Jordi Casas. Jesús López Cobos ha logrado con maestría un delicado equilibrio entre el foso y el escenario con una magnífica actuación de la orquesta. Notables en particular las quince trompetas, desde el foso, el escenario e incluso desde los palcos en el tercer acto. En conjunto un espectáculo grandioso, digno de un gran teatro como el Real.